



En la Bahía de Jobos
Celita y el Mangle Zapatero
por Ana Lydia Vega



Desde las siete de la mañana estaba el bote de Don Felo Cora brincando por la Bahía de Jobos. Era un día precioso y la resolana ardía como jabón en los ojos. El sol había avanzado bastante en su camino hacia el medio del cielo cuando Don Felo se rascó la cabeza y dijo:

-Nena, hoy no muerden ni las cocolías.

Celita no se daba por vencida:

- ¿Tiramos la tarraya, abuelo?

Don Felo se pasó la mano por la frente sudorosa y entrecejó los ojos para enfocar mejor. La nieta lo vio levantar el dedo y apuntar hacia el oeste:

-Mejor vámonos a coger un poquito de fresco por allí.

Celita hizo un puchero. Hubiera querido volver a Pozuelo con un sábalo tan grande como ella sobre la espalda, tomarse una buena foto y enseñársela a sus amiguitos cuando regresara a Nueva York en agosto, después de las vacaciones. Pero donde manda capitán no manda marinero, y "El Brujito" enfiló, con sus dos pasajeros, en dirección a los manglares que bordeaban a lo lejos el agua.

Don Felo, como siempre, iba cantando, haciendo chistes, descubriendo sorpresas marinas. - ¡Celita, no te lo pierdas! -insistía, sacudiéndole el brazo cada vez que la niña se distraía contando las jareas que les quedaban en el frasco de cristal. Y el abuelo le mostraba entusiasmado la sombra de una

garza pasando entre la enramada o la zambullida de algún pelícano con mejor suerte que los pescadores.

-Antes, todo eso estaba bien verdecito -dijo Don Felo, mirando hacia las colinas con la frente arrugada. Celita reconoció la mueca que hacía el abuelo cuando algo le disgustaba. Alzó la vista y vio el humo de la refinería nublando el cielo azul de Guayama. La bajó y divisó el chorro caliente que venía de la planta eléctrica cortando el oleaje con la fuerza de un golpe de río.

Habían llegado al lugar donde la yerba de sal era tan espesa que oscurecía la cara del mar. Con una sonrisa grande, Don Felo anunció que por allí cerca retozaban de vez en cuando los manatíes. Para no espantarlos, había apagado el motor. Celita no levantaba la mirada del agua.

Muy despacio, "El Brujito" fue deslizándose por un canal y arrimándose a un cayo protegido por los árboles. Don Felo amarró la soga a un palo grueso enterrado en el cieno. Apoyó la cabeza en el banquito, se quitó los zapatos y se tendió cuan largo era a disfrutar de la brisa fresca.

-Abuelo, ¡no te vayas a dormir! -dijo Celita, agarrándole un pie para hacerle cosquillas. Don Felo sacudió la pierna como si la tuviera llena de hormigas bravas y soltó una carcajada que le puso a temblar la barriga bajo la camiseta.

-¡Me rindo! ¡Me rindo! -suplicó por fin, apoyándose en los brazos para sentarse. Su nieta lo miraba fijamente como cuando se antojaba de otra bola de coco. Él se imaginaba lo que estaba esperando y dijo, con un brillo travieso en los ojos:

-A que tú no sabes, Celita, por qué dicen que el mangle zapatero camina...

La niña se quedó pensativa. El abuelo la había llevado muchas veces de paseo por los cayos. Allí, le había enseñado a reconocer las cuatro clases de mangles: el prieto, con sus hojas saladas y sus respiraderos; el bobo, con sus racimos de campanitas blancas; el botoncillo, con sus coquetas cabecitas púrpuras; y el zapatero, con sus patas enredadas, siempre pegadas al mar. De todos, el que más le había gustado era precisamente ése, el zapatero, por los diseños raros que formaban sus raíces y la cantidad de animales marinos que vivían acurrucados entre ellas. Don Felo le había mostrado las florecitas amarillas y los frutos café y le había explicado cómo de ellos salían los dedos larguísimos que flotaban en el agua rojiza por un tiempo antes de agarrarse al fango de las orillas para formar nuevas plantas.

-Pues será porque tiene un montón de patas... -dijo Celita, por aquello de no quedarse callada.

Entonces el abuelo carraspeó, se aclaró la garganta y por fin pronunció las palabras mágicas.

-Ahora verás. Te voy a contar un cuento:

"En tiempos de antes, cuando este mismo manglar que estás viendo tú ahora llegaba desde Punta Aguirre hasta más allá de Las Mareas, había cañaverales tan grandes como esta bahía y esclavos que doblaban el lomo noche y día para convertirlos en azúcar. Pablo Yandá era un muchacho largo y flaco que había llegado aquí bien jovencito en un barco negrero desde las costas de África. Acá en la isla, lo había comprado un francés y lo había puesto a trabajar en una enorme hacienda que tenía en la misma orilla del mar.

Pablo Yandá nunca dejó de pensar en su tierra. A veces se bebía las lágrimas de rabia acordándose de la noche en que los cazadores blancos habían llegado a su pueblo como leones hambrientos para llevarse a hombres y mujeres a punta de fusil. En cadenas y a empujones, los habían montado en el barco que navegó contra viento y marea, por muchos meses, hasta llegar al mar Caribe. Como reses los habían vendido en los muelles de Puerto Rico. Y en la hacienda, a fuetazo limpio, los habían obligado a cortar caña de sol a sol. El muchacho había jurado por todos los dioses que algún día encontraría la manera de escaparse. Pero más fácil era decirlo que hacerlo. De día, los capataces no les quitaban el ojo de encima; de noche, amontonaban a los esclavos en ranchones y los encerraban con trancas y candados. A los que habían tratado de huir, les habían roto la espalda a latigazos o les habían partido con un mazo los huesos de los pies.

Así pasaron las semanas y los meses y hasta los años y Pablo seguía velando su oportunidad. En la hacienda del francés, había hecho amistad con un viejo africano que nombraban Chemba. El tal Chemba sabía hacer de todo. Había sido, entre otras cosas, carpintero, albañil, picador y moledor de caña. Y también entendía de yerbas. Todito el que se enfermaba lo iba a procurar y hasta de la casa del dueño lo mandaban a buscar a cada rato. Chemba siempre se las ingeniaba para recetar un guarapillo, hacer un sahumero, dar un buen sobo o una buena santiguá. A Pablo le gustaba sentarse en el círculo de hombres que rodeaba al viejo por las noches, verlo comerse bien despacio su dita de balajú con funche y oírle los cuentos de todos los males que con su ciencia había podido aliviar.

Una noche, Chemba se puso a contar cómo se había restregado las encías con la hoja de un mangle prieto para quemarse una ampolleta de fiebre, cómo le había calmado la sed a un náufrago haciéndole mascar tabaco de mangle rojo, y cómo, con la leche de la canaria lila, había puesto a dormir a un alacrán. Pablo Yandá, que estaba cayéndose de cansancio después de un día entero en los cañaverales, abrió los ojos y paró la oreja cuando le oyó decir:

-En el manglar empezó la vida... Chemba se puso a hablar de los criaderos de peces que había en los canales, de los ostiones y los cangrejos rojos que vivían en las raíces de los mangles y hasta de las algas y los caracoles que eran el alimento favorito de los espíritus del mar.

A Pablo se le había espantado el sueño. Escuchaba atento, cosa de no perderse ni un suspiro. Cuando por fin se fue a acostar, las palabras de Chemba todavía le daban vueltas en la cabeza.

Desde ese momento, se las arreglaba para quedarse solo con el viejo todas las noches y hacerle mil preguntas. Así supo que la madera del mangle botoncillo servía para hacerle yolas. Así también se enteró de que había cayos tan escondidos entre los árboles que solo los pájaros más listos los podían encontrar. Chemba, que tampoco era bobo, pronto se dio cuenta de lo que planeaba el muchacho. Y como le había cogido cariño, le quiso ayudar.

-Yandá, -le dijo una noche, bajando la voz para que nadie más que Pablo lo escuchara -tú eres hijo de Ogún, el espíritu de fuego. Pídele protección, que él te la dará. Pablo se le quedó mirando largo y fijo y vio las chispas brillantes que bailaban en los ojos de su amigo.

Siguieron pasando los días y las semanas y llegó el tiempo de la molienda. El ajetreo y el ajoro eran algo serio. Los esclavos no descansan ni un minuto, cargando la caña picada, echándola en carretones de bueyes, alimentando con leña el fuego de los hornos, meneando y remeneando las calderas. El aroma del melao era tan poderoso que viajaba por toda la costa hasta la misma plaza de Guayama. Pablo empezaba a trabajar a las cuatro de la mañana y no paraba hasta que oscureciera. Llegaba con los brazos cortados, los pies hinchados y la espalda en carne viva. Todas las noches, antes de caer rendido en un rincón, hacía lo que le había aconsejado Chemba: bajar la cabeza, cerrar los ojos y pedir con mucha fe la protección de Ogún.

Una tarde, casi poniéndose el sol, del mar sopló un ventarrón tan fuerte y tan fuerte que las copas de los árboles se acostaron y todas las ventanas y las puertas de las casas se abrieron y se cerraron. Sin que nadie pudiera explicarse cómo, uno de los ranchones de madera se prendió en candela. El ventarrón regó las chispas y el fuego corrió. El olor a quemado se metió por todas partes y ahogó el del melao. Pronto, una gran nube negra cubrió de punta a punta la hacienda. Del susto, el mayordomo se puso jincho. Pegó un grito y mandó a los esclavos a salir corriendo hacia el pozo. El humo era como un manto espeso que le había caído encima a la tarde. En vez de seguir a los demás, Pablo se metió por una maleza bien densa y, sin mirar atrás, echó a correr entre los arbustos de uvas playeras.

Al rato, ya estaba con el agua a la cintura, cruzando el canal. Mojado de arriba abajo, entró en el bosque del manglar.

Estaba oscureciendo. Las garzas, los pechiblanco y los canarios se iban acomodando en sus nidos. Las gaviotas y los alcatraces daban la última vuelta por encima del mar. Cansado y asustado, Pablo Yandá seguía adelante. De vez en cuando paraba a coger aire, inclinaba la cabeza y quedaba quieto, con la oreja alerta a ver si venían siguiéndole los pasos. Sudando la gota gorda y respirando corto, avanzaba despacio por el pantano. De repente, tropezaba con las raíces de los árboles. Se caía. Se levantaba. Se volvía a caer y se volvía a levantar. Las piernas se le hundían hasta la cadera en el fango y tenía que hacer un esfuerzo enorme para sacarlas y echar otra vez a andar.

Pasaron los minutos y las horas y, por fin, la noche bajó. Los coquíes y los sapos se alegraron y se pusieron a cantar. Pablo sintió un roce de telarañas en la cara y estiró las manos para abrirse paso. El sereno le pegaba al cuerpo la ropa mojada. Los respiraderos del mangle prieto eran como dedos babosos que le agarraban los pies.

De momento, un rayo de luna se coló entre las ramas para alumbrarle el camino. Pablo sintió que las fuerzas le faltaban. Miró hacia todos lados tratando de encontrar un escondite. El llanto de una viuda colilarga le hizo brincar el corazón. La viuda voló hacia el lugar donde el bosque se volvía maraña. El muchacho la siguió, se tiró al suelo, se arrastró entre la hojarasca y se metió debajo de unos matorrales tan juntos y tan apretados que formaban un islote de oscuridad.

Allí, el cansancio pudo más que él. Casi enseguida se quedó dormido. En el sueño que tuvo, se vio montado en un gran pez de plata que atravesaba como una centella la inmensidad del mar. A las tantas de la madrugada, cuando ya

el cielo empezaba a clarear, lo despertó el ladrar de los perros. Desde la hacienda venían siguiéndole la pista. Y ya habían cruzado el canal. Desesperado, Pablo recordó las palabras del viejo Chemba.

Se sentó sobre las piernas, bajó la cabeza hasta el suelo y llamó en voz alta al espíritu de fuego.

En seguida, una energía tremenda lo sacudió de pies a cabeza. Como una flecha salió disparado Pablo Yandá a través del bosque. Los perros ladraban más y más duro, más y más cerca. Ya se oían también los gritos de los hombres que venían corriéndoles detrás.

De pronto, un marullo gigante rompió en la playa. La brisa se cargó de sal. La salpicadura llegó tan lejos que lo mojó de arriba abajo. Y así fue como Pablo se dio cuenta de que no había más que una hilera de mangles separándolo del mar.

Sin pensarlo ni un segundo más, se abrió paso entre los nudos de las raíces y llegó hasta la orilla. Alzó la vista hacia el horizonte y allá, entre las nubes y las olas, vio la cola plateada del pez de su sueño. Dobló la espalda, estiró los brazos y, justo cuando iba a zambullirse de cabeza, oyó una voz que le ordenaba:

– ¡Alto ahí!’

El muchacho giró la cabeza y vio, casi encima de él, la sombra de un hombre con el machete alzado. Y vio también, detrás del hombre, la jauría de perros jadeando y soltando baba. No tuvo tiempo de invocar por última vez el nombre de Ogún. Con la fuerza de un rayo, cayó el machete sobre su espalda. Pablo quiso impulsarse hacia adelante para tirarse al mar. Pero sintió que las piernas

se le hundían en el cieno, que la cintura se le torcía, que el pecho se le endurecía, que el cuello se le alargaba, que sus brazos se extendían y sus manos subían con las palmas abiertas y los dedos redondos como la corona de una flor.

Los perros pararon en seco y, todos a la vez, se pusieron a aullar. El perseguidor soltó el machete. Los labios y las piernas le temblaban. Un sudor frío le corría por la nuca. Allí mismo, delante de sus ojos, en plena luz del día, había desaparecido como un celaje el cuerpo herido de Pablo Yandá. Y en su lugar, se alzaba ahora, todo florecido y cargado de frutos el más bello, alto y fuerte de los mangles que había en la costa. Como patas larguísimas eran sus raíces teñidas de rojo. Tan metidas estaban en el agua que parecían querer cruzarla de una sola zancada.

Y, desde entonces, dicen que el mangle zapatero nunca ha dejado de andar. Pulgada a pulgada, pasito a pasito, va haciendo camino en el mar, para que pueda llegar un día a su tierra africana el hombre libre Pablo Yandá."

Don Felo cerró con una guiñada. Celita aplaudió, le echó los brazos al cuello y le cayó a besitos juguetones.

- ¡Ay, abuelo, vente conmigo para Nueva York! Don Felo se levantó para ir a desamarrar la soga y se quedó mirando hacia el verdor del cayo.

Yo soy como el mangle zapatero, hija. Estoy cargao de raíces. Con la carita alzada y las manos en la cintura, Celita quiso recordarle el mangle del cuento, sus patas incansables, su eterno caminar. Con los ojos aguados y una sonrisa tristona, Don Felo bombeó el motor para poder arrancar. Y "El Brujito" se fue, saltando como una esperanza, hacia el abrazo ardiente de la bahía.

Nota aclaratoria:

El texto: “Celita y El Mangle Zapatero” fue reescrito en formato Word con el único propósito de que sea leído y discutido en las salas de clases de las escuelas públicas del Departamento de Educación. Al estudiarlo pueden participar del II Concurso Puertorriqueño de Deletreo Contextualizado del Programa de Español.

Está prohibido publicar en las redes sociales u otro medio que lo haga público. Es solo para uso educativo de los maestros del Departamento de Educación de Puerto Rico.



II CONCURSO PUERTORRIQUEÑO DE DELETREO CONTEXTUALIZADO

